

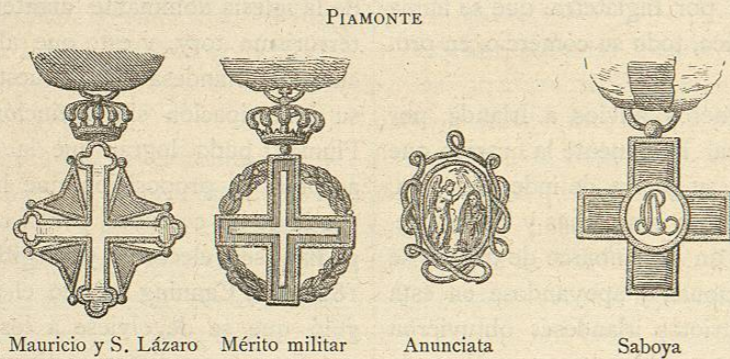
que los irlandeses hubieran preferido su hermano Wellington.

Wellesley, al marchar á Dublín, se llevó en su compañía á Plunkett que había sustituido en la Cámara de los comunes á Grattan,—fallecido en 1820,—y que como éste había tomado á pechos la causa de la emancipación de los católicos, pero como Wellesley, amigo de éstos, era enviado á Irlanda por los ministros Liverpool y Sidmouth enemigos de los católicos, los ministros tuvieron también cuidado de poner su hombre á su lado y este hombre fué Goulbourn, nombrado su primer secretario.

Era, pues, la posición de Wellesley de las más falsas y él lo sabía de sobra, pero resuelto á aplicar las leyes sin distinción de personas ni de partidos,

procuró y obtuvo el restablecimiento del orden fuertemente turbado por la carestía que sufría el país, y aún dictó algunas medidas para prevenir las, como la redención de los diezmos que daban por resultado que las gentes del campo invadieran constantemente las propiedades eclesiásticas. Pero si con esto mejoró un tanto la situación material, la moral, por lo contrario, fué agravándose, enardeciéndose la lucha entre los partidos para ver de dominar á un gobierno que se presentaba vigilado ó ponderado por las dos tendencias en lucha, y como ya era de esperar á fuerza de no querer disgustar á nadie y de servir á todo el mundo, Wellesley acabó por perder la popularidad en todos los lados.

Claro está que los que primero hubieron de hacer



sentir su disgusto al lugarteniente, fueron los que hasta entonces se habían considerado como señores, los ultra-protestantes, que acordaron hacer una manifestación con motivo del aniversario del fallecimiento de Jorge III, yendo á coronar su estatua,—4 de Noviembre,—produciéndose el tumulto consiguiente. Más tarde,—14 de Diciembre,—se hizo en el teatro una manifestación contra Wellesley á quien hasta se arrojaron algunas botellas, y como el que tal hizo fuera descubierto, Plunkett se vió incapaz de hacerlo castigar porque se le dió un jurado que nunca pudo ponerse de acuerdo sobre el veredicto que debía pronunciar.

«Irritado el partido católico por la insolencia con que se oponía el partido orangista á la actitud conciliadora del gobierno, decidió bajar á la arena. Primero, como si quisiera probar hasta dónde llegaba la fuerza de la justicia del gobierno, opuso una liga católica á la asociación y á la organización de los protestantes.

«Excluidos de todas las funciones superiores, muchos de los católicos activos se habían entregado á las operaciones del comercio y de la industria, ganando poco á poco con su trabajo fortunas conside-

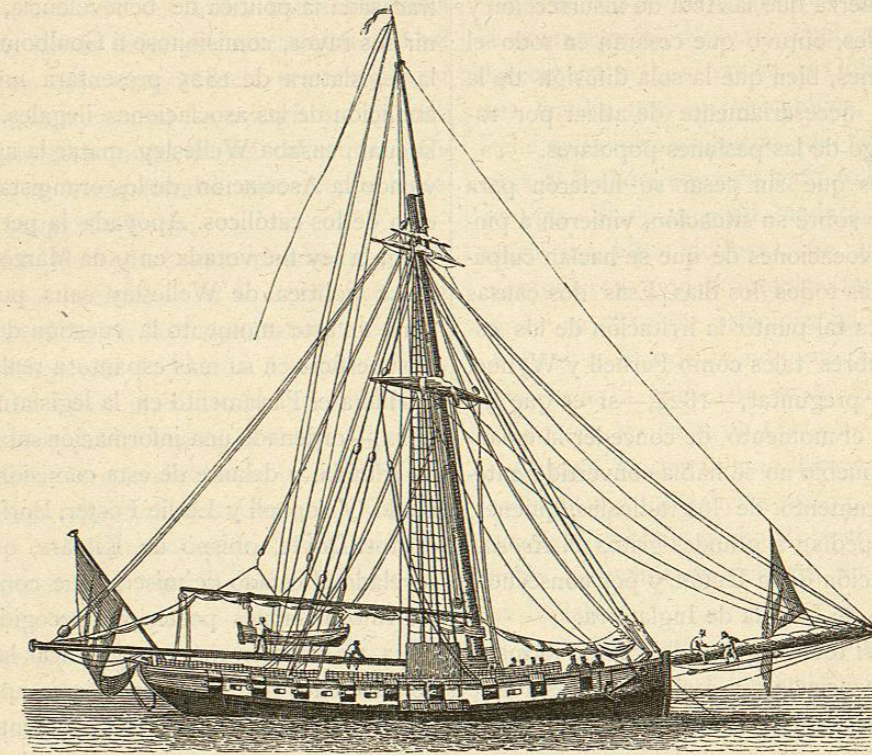
rables, mientras que, en la pequeña grey protestante, los hombres que más celo habían puesto para conseguir una colocación, habían perdido con su independencia la consideración pública. Las funciones de jueces continuaban siendo incompatibles con la cualidad de católicos; pero como el tribunal les estaba abierto, sucedió, en los últimos tiempos, que abogados capaces se habían servido del pretorio como de la mejor de las escuelas para adquirir el conocimiento de los hombres y del pueblo, y para prepararse de esta suerte á la oposición política, á la cual al poco tiempo aprendieron la manera de interesar en ella al pueblo.

«Poco á poco, y primero con una gran timidez, se había ido formando un pequeño núcleo de demagogos pertenecientes á esta escuela. Bajo su dirección, habíanse, hombres del partido católico, reunido muchas veces para formar comités directores; pero á consecuencia de la acción contraria del gobierno y de las divisiones que reinaban en su seno, esos comités no habían conseguido llegar jamás á ejercer una influencia real, y hasta habían acabado por disolverse en medio del enervamiento general que había arrastrado hasta á O'Connell durante cierto tiempo.

»O'Connell nació en 1774, en una antigua propiedad de Clar, en Cahir, condado de Kerry, y se había formado en esta escuela; pero gracias á su habilidad de jurisconsulto y auxiliado por la movilidad de su elocuencia, había desde muy pronto adelantado á todos sus amigos: así, ora arrastraba á sus oyentes por el empuje y ardor de su palabra, ora los entretenía agradablemente con sus ingeniosas salidas ó con sus populares vulgaridades. En muchos de sus discursos forenses dió pruebas de que

no desdenaba hacer uso de ningún artificio de actor y de sofista, ni de desdeñar medio alguno por extraño que fuera, para sorprender el auditorio; además poseía todo lo que da al orador el imperio sobre los hombres, pues hablaba con sentimiento, ó con lo que reemplaza el sentimiento, la pasión, cuyo lenguaje sabía hablar.

»Ahora bien, fué ese hombre quien, en el momento mismo en que su amigo Burdett parecía querer abandonar, en el seno del Parlamento, la causa



Cutter.—Marina de guerra, de vela

católica, se levantó vigoroso concibiendo el plan de concentrar las fuerzas de toda la nación en una nueva asociación. Debíase ésta distinguir enteramente de las sociedades y de los comités precedentes, de la misma manera que de los voluntarios y de los irlandeses reunidos; en efecto, O'Connell quería que su fin fuera, no un levantamiento á mano armada, sino una agitación permanente y sistemática, no debida tan solo á la actitud de los miembros de la alta ó de la baja clase, sino que se debiera á la reunión de todos los elementos en el seno de la Asociación.

»Para que la dirección de esta sociedad quedara entre las manos de las gentes instruídas, se dispuso que los comités los formaran gentes ricas que pagasen una guinea de cotización anual, mientras que los simples miembros debían contribuir por un shelling al año. En un principio el aspecto democrá-

tico de la asociación disgustó á Sheil y á los otros amigos, á quienes O'Connell comunicó su plan de los primeros,—Abril de 1823,—pero luégo que se hubo constituido la Asamblea de Dublin,—12 de Mayo,—estaban los espíritus tan impregnados de la expresión de la timidez, que muy á menudo en las reuniones reglamentarias y periódicas del Comité no se podían tomar resoluciones porque no se reunía el número legal y esto que solo era de diez individuos.

»Sin embargo, poco á poco el talento que demostraba O'Connell como demagogo y la elocuencia pomposa de Sheil, su segundo, atrajeron á la juventud y al gran público. En su consecuencia se abandonó la trastienda de la casa de un librero para las reuniones, y se alquiló todo un piso del edificio llamado Bolsa de los trigos. Tan pronto se hizo esto, se formaron otras ramas de la asociación que pron-

to cubrieron el país entero, agrupándose al rededor del Comité central. Desde este momento la Asamblea de la capital celebró sus sesiones procurando imitar lo más posible las formas parlamentarias. No tardó tampoco en entrometerse en todas las ramas de la administración; y amenazó ó corrompió la prensa; en fin, se metió por medio de la administración de la justicia, recogiendo materiales destinados á servir para acusaciones, ó bien para revisar las sentencias pronunciadas por los tribunales legales. Poseyendo más fuerza que la Acta de insurrección y que los constables, obtuvo que cesaran en todo el país los desórdenes, bien que la sola difusión de la sociedad hubiese necesariamente de atizar por todas partes el fuego de las pasiones populares.

»Los esfuerzos que sin cesar se hicieron para ilustrar al pueblo sobre su situación, vinieron á pintarse con las provocaciones de que se hacían culpables los orangistas todos los días. Esas dos causas aumentaron hasta tal punto la irritación de los espíritus, que hombres tales como Parnell y Wynne, principiaron por preguntar,—1824,—si es que ya no había pasado el momento de conceder la emancipación, y si el pueblo no se había convertido enteramente en instrumento de los radicales, quienes, desde entonces, pedían á grandes gritos el *Repeal*, es decir, la anulación de la Unión, y por consecuencia, la separación de Irlanda de Inglaterra.

»En efecto, casi toda la gente del campo formaba ya parte de la asociación, y á ella fueron sin que los empujasen los curas, quienes, por lo contrario, mostraban una tímida reserva, así como los campesinos poseían el sentimiento de su solidaridad con las clases superiores, se unían al movimiento llenos de confianza y pagaban con mayor exactitud y afán la cotización de la asociación que no la renta católica.»

Por consiguiente, es indudable que había sucedido con el movimiento de Irlanda, lo que sucede con toda clase de movimientos análogos, es decir, en toda clase de movimientos populares que siempre acaban por ir más allá de lo que desean los que los promueven. El movimiento era ya popular y general. El pueblo entero de Irlanda se movía á la voz de O'Connell; á los que habían desencadenado la revolución, es á quienes tocaba ahora probar que podían dirigirla ó dominarla.

Wellesley, á quien por su parte también alcanzaban las responsabilidades de aquella situación por haber dejado que se formara, no mostraba la menor inquietud, pues creía que aquella crisis era indispensable y ocasionada por la misma actitud en que cre-

yó deber colocarse el gobierno inglés, y Plunkett estaba por su parte más que convencido de que las frases ampulosas de los demagogos, no llegarían nunca á llevar al pueblo irlandés al terreno del hecho, y cuenta que nosotros usamos de la palabra demagogos en el mismo sentido que Gervinius, esto es, en el de «agitadores.» Sin embargo, uno y otro se mostraban inquietos por el modo como podría considerar el gobierno nacional la situación de Irlanda, y en verdad, en aquellas regiones se daba ya por fracasada la política de benevolencia, y para prevenir sus rayos, comisionóse á Goulbourn para que en la legislatura de 1825 presentara una ley para la abolición de las asociaciones ilegales, por medio de la cual pensaba Wellesley matar la agitación disolviendo la Asociación de los orangistas y la Asociación de los católicos. Apoyada la petición por Canning, la ley fué votada en 9 de Marzo de 1825.

La política de Wellesley salía, pues, triunfante, pero en este momento la cuestión de fondo salía á la superficie en su más espantosa realidad.

Había el Parlamento en la legislatura anterior,—1824,—ordenado una información sobre la situación de Irlanda, y delante de esta comisión habían informado O'Connell y Leslie Foster, Enrique Croke y el doctor Doyle, obispo de Kildare, quienes habían revelado el estado de miseria que consumía á Irlanda. Informaciones posteriores recogidas por la Cámara, no hicieron más que justificar las revelaciones de los dichos que pudieran creerse apasionadas. De modo, que el gobierno y el Parlamento se encontraban ahora en frente de dos cuestiones en vez de una, la de la emancipación de los católicos y la de la miseria del país.

O'Connell y demás irlandeses habían declarado que, en efecto, la cuestión de la emancipación de los católicos no era toda la cuestión sino una parte de ella, pues la miseria del país aún cuando tuviera uno de sus fundamentos en la cuestión de las incapacidades, dimanaba igualmente de la contribución eclesiástica y del *Absenteismo* de los propietarios territoriales, quienes dejando arrendadas á otros sus tierras, y subarrendándolas estos á otros que eran los que tenían que pagar por todos, al final la miseria era para el pueblo y para el pueblo solo.

Canning en vista de todo lo averiguado, dijo en pleno Consejo de ministros que creía la cuestión madura para una solución,—principios de 1825,—y el mismo rey dió á este modo de ver su conformidad. El mismo Wellington principiaba á titubear.

En su consecuencia, Burdett abordó la cuestión

en el Parlamento,—28 de Febrero,—presentando una ley por la cual se declaraba que los católicos podían tener asiento en el Parlamento y opción á toda clase de funciones públicas, proposiciones que Burdett rodeó de toda clase de garantías para los intereses conservadores. La Cámara de los comunes aprobó la ley el 10 de Mayo por doscientos cuarenta y ocho votos contra doscientos veintisiete. Pero seis días después, la Cámara de los lores la rechazaba de plano por una mayoría de cuarenta y ocho votos. El heredero del trono había ya antes declarado que jamás daría su consentimiento á tal ley, declaración cuya imprudencia era notoria, y cuya imprudencia agravaron los orangistas haciendo fijar carteles en las esquinas de las calles de Londres, impresos en letras doradas, conteniendo la declaración del duque de York.

Peel, en vista de todo lo que pasaba y por lo mismo que como ministro de la Gobernación sobre él iban á recaer todas las responsabilidades de lo que pudiera sobrevenir en Irlanda, á la que acababa de lanzarse tan cruel provocación, se apresuró á dimitir su cartera que Liverpool le obligó á guardar con la amenaza de que si dimitía iba á disolver el gobierno entero, sobre cuya conveniencia Canning meditaba, sin poderse resolver, pues no llegó á formar concepto del apoyo que podría encontrar en el pueblo inglés, y luego para él lo trascendental en aquellos momentos era la política extranjera. Pero Canning hizo más, pues sintiéndose inquieto el rey por lo que pasaba en el Consejo de ministros, escribió una carta ofreciéndole que no sólo no se tomaría resolución alguna precipitada, sino que él impediría que se tratase más de la cuestión, así en el año que cursaba como en el próximo, último de las cámaras elegidas en 1820. Esta actitud de Canning debíase á la necesidad de hacer elecciones en 1826 y á la agitación anticatólica que se notaba en algunos condados ingleses del Centro, del Sud y del Oeste.

Canning daba, pues, con su actitud, motivo para ser duramente censurado por sus enemigos y por sus adversarios. Brougham en pleno Parlamento le pidió que en la política interior marchara en línea recta como en la política exterior, pero Canning si con el exterior hacía lo que hacía hasta con disgusto de Brougham, era porque la política de intereses que él defendía era la política del pueblo inglés y el pueblo inglés le seguía, mientras que dudaba, como ya hemos dicho, que el pueblo inglés le siguiera en la cuestión interior. Canning, pues, ahora como en 1823, cuando Hume le terrorizó con

la proposición de que se abriera una información para averiguar si la Iglesia protestante en Irlanda prestaba servicios proporcionales á la posición que se le había hecho, creía que era necesario ir adelantando transigiendo y que en modo alguno convenía la formación de un ministerio que tuviera por bandera la cuestión católica, que es lo que le hacía enemigo de toda reforma parlamentaria, porque creía que se quería ir por ella á la solución violenta del conflicto.

Era en el seno del gabinete el gran adversario de la emancipación Roberto Peel, quien, desde 1822, desempeñaba la cartera de la Gobernación. Hijo de una familia tory y anticatólica, había mamado la leche de la intransigencia, que llevó casi desde la cuna al Estado, en cuyo servicio había pasado toda su vida. Si en la edad madura, Peel modificó un tanto sus ideas políticas, sus ideas religiosas se mantuvieron inquebrantables, tanto que al ser enviado en 1812, al principiar el ministerio de Liverpool, á Irlanda como secretario, no ocultó sus tendencias á nadie, de modo, que desde luego los irlandeses le llamaron *Corteza*—peel—*de naranja*—Orange, de donde vino llamar en adelante á los constables, á los policías *peelers*, por el uso y abuso que de ellos había hecho Roberto Peel, cuyo cuerpo había reorganizado primero en Irlanda y después en Inglaterra.

Peel, «no creía ni poco ni mucho en la identidad de los intereses y de los sentimientos entre católicos y protestantes, identidad que sólo, según él, hubiera podido permitir en Irlanda la aplicación práctica del principio de una igualdad completa de todos los ciudadanos delante de la ley. A sus ojos, el papismo desdenaba esta igualdad y no aspiraba más que á la dominación; toda medida por la cual el Estado hubiese venido á parar á salarar el clero católico, habríala considerado como tendiendo, por decirlo así, á establecer una Iglesia del Estado romana; y temía en fin que, si los católicos eran admitidos á las funciones públicas y al Parlamento, no se sirvieran de toda su influencia para favorecer los intereses de su religión.»

Peel, sin embargo, no había sido un hombre de partido sistemático en tiempo alguno y por esto él, tory convencido y grave como ninguno, no puso su firma al pié de ley alguna reaccionaria, porque su inteligencia y su método le hacían ver claro el movimiento progresivo que se operaba y cuya violencia él no hacía más que moderar para salvar lo posible de sus antiguos principios. Por esto, ahora, en la cuestión de la emancipación, Peel era tan po-